

PARQUES NACIONALES DE LAS ISLAS CANARIAS



LAS islas Canarias constituyen, junto con los archipiélagos de Azores, Madeira y Cabo Verde, la región Macaronésica. Su origen se remonta a la deriva continental que hace 200 millones de años abrió la fosa oceánica, emergiendo posteriormente mediante erupciones volcánicas los cuatro archipiélagos. A la isla más antigua de Canarias (Fuerteventura) se le atribuyen entre 20 y 40 millones de años; a la más joven (Hierro) alrededor de un millón.

Las costas de Fuerteventura distan unos 100 km. del desierto sahariano; sin embargo, Canarias goza de clima subtropical, con escasa oscilación de temperaturas.

La climatología está muy vinculada a la orografía: en Lanzarote y Fuerteventura, donde el relieve es suave, la ausencia de precipitaciones origina la aridez del terreno. Otro tanto ocurre en el sur de Tenerife y de Gran Canaria. Sin embargo al Norte de estas mismas islas, así como en Gomera, Hierro y La Palma, los vientos alisios arrastran la humedad del océano, y al topar con las montañas forman un carácterístico mar de nubes, aproximadamente entre los 700 y 1.500 metros de altitud, dando lugar a nieblas y lluvias que favorecen el desarrollo de la vegetación. Tal fenómeno explica la supervivencia de la exuberante laurisilva, reliquia del bosque existente en esta franja del planeta en la era terciaria.

Más allá de los tópicos, un paraíso subtropical.

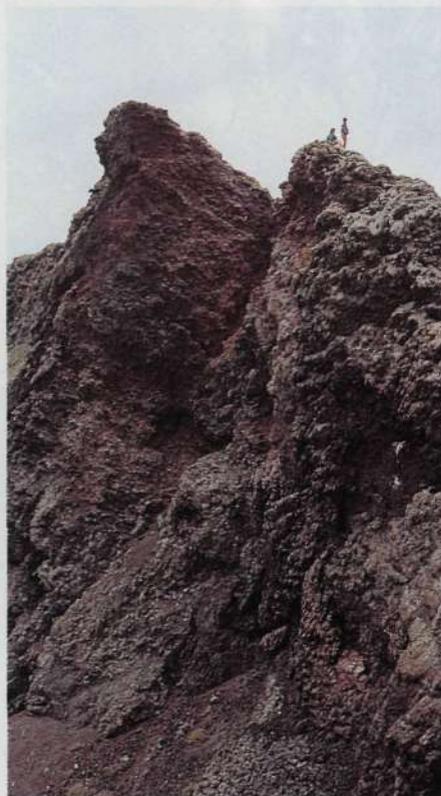
El turismo de masas que invade algunos parajes de las islas Canarias, ofrece una visión distorsionada de las auténticas características del archipiélago. Ciertamente, Puerto del Carmen (Lanzarote) parece una colonia alemana; en Playa de las Américas (Tenerife) bandadas de ingleses dan rienda suelta a sus instintos más primarios; en Maspalomas (Gran Canaria) las urbanizaciones frenan el avance de las dunas; en Corralejo (Fuerteventura) empiezan a cimentarse torres de apartamentos sobre las arenas doradas ...

Más a pesar de ese tremendo deterioro ecológico y cultural, los

RIAS

Luis Alejos

espacios naturales protegidos superan el centenar y abarcan nada menos que un tercio del territorio del archipiélago. Canarias ocupa a nivel mundial el cuarto puesto en relación a variedad de endemismos botánicos. Esa virtuosidad fue ya intuida por poetas de la antigua Grecia como Homero, Herodoto o Platón. A su época corresponden algunas de las denominaciones que hoy aparecen en los folletos turísticos: Jardín de las Hespérides, Islas Afortunadas, Campos Elíseos, vestigio de la Atlántida. Recordemos por tanto que Canarias representa, ante todo, un fabuloso laboratorio de la evolución del planeta.



Caldera de un cráter (Lanzarote).

◀ **Dunas de Corralejo (Fuerteventura).**

Timanfaya: Montañas del Fuego

Las erupciones que tuvieron lugar de forma continuada entre 1730 y 1736 cubrieron de la lava un tercio de la superficie de Lanzarote, sepultando 10 poblaciones. Un siglo después, en 1824, una nueva erupción transformó definitivamente las Montañas del Fuego en un dominio del dios Vulcano.

Volcanes de Timanfaya.



Del amplio espacio que comprende el Parque Nacional, sólo se puede visitar un sector, viéndolo necesariamente a través de la ventana de un autobús. Es comprensible que en un lugar tan frágil no se permita la libre circulación, pero sí deberían existir senderos para recorrerlo a pie. Es inadmisibles que los autobuses circulen por una carretera que sube a los volcanes, penetra en los cráteres y cruza los ríos de lava.

La excursión, un viaje de unos 10 km. y 45 minutos de duración, comienza y concluye en el llamado Islote de Hilario, donde destacan como atracciones turísticas un restaurante con horno de rocas incandescentes y un geiser artificial. Durante el trayecto se para en lo alto de un volcán, contemplando desde sus 300 metros de altitud el entorno de los aproximadamente 40 cráteres de Timanfaya y otros fenómenos del vulcanismo: hornos, calderas, corrientes y tubos de lava ...

El paisaje se enmarca en una variada gama de colores que va del blanco de la ceniza al negro del basalto, pasando por el amarillo del azufre y el rojo, e incluso el azul, de otros minerales. El verde está representado por algunos líquenes. Con frecuencia surcan el cielo grises nubarrones, pero al no haber montañas elevadas que frenen su carrera, pasan de largo sin regar la tierra.

El contacto directo con el mundo de los volcanes, imposible de conseguir en el circuito turístico del Timanfaya, está a nuestro alcance en otros lugares de la isla. Partiendo de El Golfo (en sus inmediaciones se encuentra el Charco de los Clicos, laguna alojada en los restos de un cráter parcialmente cubierto por el mar) se pueden recorrer unos 15 km del litoral a través del Parque Nacional. Se camina al borde de imponentes acantilados, entre una prodigiosa flora; mas al ser terreno de "malpais" (campos de lava y escoria), el avance resulta lento y penoso. La carretera Tegoyo-Mancha Blanca atraviesa una portentosa zona volcánica, lo cual posibilita asomarse a los cráteres e incluso penetrar en su interior.



Bosque de brezos en Garajonay.

Dientes de león en Garajonay.

Bosque de Garajonay

Las costas de La Gomera son tremendamente escarpadas; pero en el centro de la isla destaca por encima de los 1.000 metros

una extensa meseta. Ese altiplano y gran parte de las laderas que miran al Norte, están cubiertas por una densa masa forestal: es la laurisilva, herencia del terciario que sobrevivió a las glaciaciones de hace 10.000 años.

Iniciando la aproximación en la ensenada de San Sebastián, nos elevamos por la sinuosa carretera del Sur, que discurre por una loma, entre barrancos. Al penetrar en los dominios de la laurisilva, se oculta el sol, envolviéndonos la niebla; y al parar junto al mirador de los Roques, el ventarrón nos impide salir del coche. Circulando luego bajo la fina lluvia que alimenta a una veintena de especies arbóreas de hoja perenne, al llegar al bosque del Cedro, núcleo central del parque nacional, tomamos el desvío de Juego de Bolos.

Es un tramo de 10 km. extraordinariamente espectacular, ya que discurre bajo un sombrío túnel vegetal donde destacan la faya, el brezo y el laurel, sobre un tupido sotobosque de helechos. En el Centro de Visitantes, provisto de abundante documentación, nos comentan que a partir del mediodía puede mejorar el tiempo. En verano, lo normal es que las nieblas penetren al caer la tarde, disipándose al amanecer.

A continuación damos un rodeo por la carretera del Norte, atravesando numerosos barrancos. Sus imponentes laderas están cubiertas de una variada vegetación, en orden a una precisa escala climática: abajo abundan los cactus, palmeras e incluso fornidos castaños; en las alturas impera la impenetrable y siempre verde laurisilva.

Desde Vallehermoso volvimos al Parque Nacional, deteniéndonos en el área de Laguna Grande, que cuenta con espacio recreativo, fuente y bar. El entorno es un frondoso bosque de brezos arborescentes, donde encontramos dientes de león arbustivos de más de dos metros de altura. Caminando en la penumbra sobre un mullido lecho de musgo y hojarasca, rodeados de árboles de troncos retorcidos y ramas cubiertas de líquenes, nos sentíamos en un mundo fantástico de aspecto tenebroso.

Después, ya sin lluvia, aunque persistiendo el viento, nos dirigimos al vértice de la isla. Desde el tramo más alto de la carretera (1300) parten hacia la cumbre dos pistas forestales, practicables incluso con turismo. Nosotros subimos andando en cosa de media hora. Paradójicamente, es el sector más degradado del parque; aparecen plantaciones de pinos que van a ser sustituidos por especies autóctonas. En el Alto de Garajonay (1487) hay un mirador circular, una caseta y antenas. Estando despejado habríamos contemplado la masa forestal del altiplano, el litoral de La Gomera y, flotando sobre el mar, Hierro, La Palma y Tenerife con el colosal cono del Teide.

De regreso a San Sebastián volvimos a detenernos en el mirador de los Roques. El de Agando resulta imponente; sus paredes parecen inaccesibles. Los roques son torres volcánicas, formados por la lava petrificada que taponó la boca de los cráteres. La erosión ha ido arrastrando los materiales más blandos, hasta dejarlos al descubierto.

Desplazándose en coche basta una jornada para lograr una visión global del excepcional bosque de Garajonay, pero conocer los parajes más singulares y recónditos exige recorrerlo a pie siguiendo los itinerarios balizados.

Caldera de Taburiente

Parece un gigantesco cráter, y ciertamente sus paredes, que alcanzan una profundidad de 1.700 metros, emergieron mediante el amontonamiento de coladas volcánicas. Sin embargo, ese descomunal socavón con un diámetro medio de 8 km. se ha formado lentamente a causa de la erosión; aunque también se mantiene la teoría del hundimiento.

El acceso más breve y cómodo para avistar la Caldera de Taburiente a partir de Santa Cruz de la Palma discurre por la carretera de los Llanos de Aridane. Después de atravesar un frondoso bosque de castaños y tras cruzar el túnel de la Cumbre, cerca ya de El Paso un ramal asfaltado se interna en el pinal del barranco del Riachuelo, pasa junto a un campamento y sube en apretadas curvas a La Cumbrecita (1287) (7 km. desde el desvío). La excelente panorámica que ofrece puede ser ampliada caminando un cuarto de hora por una pista casi llana que desemboca en el mirador del Lomo de las Chozas.

Para llegar al fondo de Taburiente hay que dirigirse desde los Llanos de Aridane (350) al Lomo de los Caballos (460), donde la carretera se transforma en una pedregosa pista que, después de pasar el control de visitantes, se precipita hasta el Barranco de las Angustias (240). Cruza entonces su cauce y al volver a ganar altura se interna en el pinar, prosiguiendo el ascenso por la ladera hasta alcanzar la base de la muralla en Los Brecitos (1050) (13,5 km de la pista apta para vehículos todo terreno y turismos alquilados). Ni en este aparcamiento ni en el de La Cumbrecita vimos más de cuatro coches, lo cual significa que la presión turística no es intensa.

El camino que penetra en el Parque está muy bien trazado, de modo que sobran la mayoría de los carteles indicadores. Mien-

tras descende con ocasionales altibajos, va trasponiendo barrancos. Los cauces secos de las torrenteras se cruzan sobre puentes de madera. Todo el recorrido transcurre a la sombra de soberbios pinos canarios, en cuya corteza aparece la huella del último incendio. Tan duros son que logran sobrevivir; se dice incluso que el fuego les fortalece. Durante la bajada no podía faltar una oportuna fuente.

Al llegar a la zona de acampada de Taburiente (730) (1,30) veremos surgir bajo las pedregosas ramblas los torrentes que forman el único curso de agua permanente de las islas Canarias. Resulta prodigioso observar el constante fluir de las aguas, dando pequeños saltos y estancándose en pozos donde se bañan ocasionales campistas.

El entorno es impresionante: nos encontramos en el fondo de un circo de proporciones colosales, dominado por cumbres que sobrepasan los 2.000 metros. En las proximidades destacan agrestes roques, por cuyas crestas trepas los osados pinos. Desde este lugar arrancan varios senderos hacia los parajes más singulares de la caldera.

Contando con que alguien vuelva a recuperar el coche, merece la pena completar la travesía del parque, retornando por el itinerario balizado que descende por los barrancos. Al comienzo se traspone el collado del Roque Salvaje para bajar por la empinada cuesta del Reventón a la cuenca del barranco Almendro Amargo. Pasando luego frente al antaño venerado Roque Idafe se llega a Dos Aguas, punto donde confluyen las torrenteras y aparece la captación de un canal de riego. Siguiendo a continuación el largo curso del barranco de las Angustias, cuya principal atracción son las lavas almohadilladas, al filtrarse las aguas proseguiremos por el pedregoso curso seco, topando enseguida con la pista de Los Brecitos (240) (2,15 horas de bajada).

Perspectiva desde el punto culminante de la isla

La Caldera de Taburiente se puede admirar también, a vista de pájaro y sin realizar ningún esfuerzo, desde el Roque de los Muchachos. Comparando su altitud con la superficie de la isla, algunos folletos turísticos lo presentan como la montaña más alta del mundo, lo cual ni aun así es correcto.

Desde Santa Cruz son poco más de 40 km. por buena carretera, pudiendo observarse durante el recorrido las sorprendentes variaciones de la flora. Por encima de la vegetación subtropical, antes de superar el nivel de los pinos, una pista facilita la aproximación al Pico de la Nieve (2239). En las inmediaciones del cordal la ladera se cubre de matorros, siendo factible asomarse a la caldera en cuestión de minutos, con la opción de ir a las cimas contiguas, entre ellas el Pico de la Cruz (2361), en un cuarto de hora.

Al enlazar con la carretera que baja hacia Garafía y Punta Gorda tomaremos el desvío del observatorio astronómico, uno de cuyos ramales lleva a la cima del Roque de los Muchachos (2426). Avanzando en suave descenso por un espolón rocoso lograremos, además de apartarnos del aparcamiento, dominar los profundos abismos de la Caldera de Taburiente. Lástima que en este cielo, considerado el más limpio del planeta, la calima impida apreciar los detalles del paisaje.

Todo el cresterío circular de la Caldera de Taburiente dispone de sendero; además hay un refugio en la Punta de los Roques (2085), lo cual facilita la realización de travesías desde diversos puntos de la isla. Una cumbre recomendable por su breve ascenso y excepcional panorámica es el modesto pico Bejenado (1854), accesible desde el barranco del Riachuelo por la pista de Ferrer.

La Caldera de Taburiente vista desde el mirador del Lomo de las Chozas



Las cañadas del Teide

Entre los geólogos existen dos criterios respecto a la formación de la descomunal depresión (unos 15 km de diámetro) de las Cañadas del Teide: hundimiento y erosión. Sin embargo sí coinciden al considerar que el núcleo Teide-Pico Viejo se elevó posteriormente. Se atribuyen a las Cañadas unos 300.000 años de antigüedad, en tanto que la actividad volcánica del Teide no ha concluido. En 1789 la Montaña Chahorra o Pico Viejo mantuvo una erupción de tres meses en las bocas de su ladera SO, conocidas como Narices del Teide.

Las Cañadas son extensas llanuras sedimentarias; en ellas crecen numerosos endemismos, entre los que destacan por su vistosidad la retama blanca y el taginaste rojo. Nosotros encontramos margaritas a 3.650 metros de altitud. La fauna no es relevante, salvo en invertebrados. La especie animal más abundante es la humana. Se estima que un millón de visitantes merodea cada año por Las Cañadas, mientras una media de 1.500 personas utiliza a diario el teleférico del Teide. La "columna del cielo", según expresión de Herodoto, atrae multitud de turistas ávidos de alcanzar, con el menor esfuerzo posible, el vértice de las tierras que emergen del océano Atlántico.

Debido a su considerable altitud (entre los 2.000 y 2.200 metros) el mar de nubes que suele flotar sobre Tenerife no afecta al altiplano de Las Cañadas. A esas alturas las precipitaciones son escasas y suele darse inversión térmica. Mas en invierno el clima continental subalpino llega a mostrar su rigor, posibilitando incluso la practica de la escalada en hielo, por ejemplo en el cráter del Pico Viejo.

Las Cañadas tienen cuatro accesos. Las rutas que parten de Chío y Vilaflor confluyen en las inmediaciones de la Boca de

Tauce (2000). La carretera se dirige desde aquí, atravesando la caldera meridional, al llano de Ucanca, el cual ofrece una bella perspectiva del conjunto Pico Viejo-Teide. En la planicie abunda la retama y en la ladera contigua el taginaste rojo. A continuación gana altura para situarse al nivel del parador (2100) y los Roques de García. En este bullicioso paraje los turistas falsifican con sus cámaras billetes de mil pesetas, ignorando que poco más allá permanecen solitarios los espectaculares Roques Blancos.

La cinta asfaltada ha dejado a la derecha la pista que recorre la caldera oriental faldeando el circo de cumbres donde destaca Montaña Guajara. La carretera va directa a la estación del teleférico; luego serpentea entre colinas de lava, dejando esta vez a la izquierda la pista de Montaña Blanca (2300). Finalmente desciende hacia El Portillo (2000), donde se encuentra el centro de información y vuelve a bifurcarse: un ramal baja a La Orotava; el otro se aleja por la línea de cumbres, yendo a La Laguna a través del bosque de la Esperanza.

Travesía Teide-Pico Viejo

Naturalmente, el principal atractivo del Parque Nacional es ascender al Teide. Nosotros partimos de la carretera en el punto de arranque de la pista de Montaña Blanca (2300), progresando por ella hasta topar con los bloques conocidos como Huevos del Teide (2650) (1,15). Luego superamos el Lomo Tieso, caminando al principio por terreno inestable, después por sendero firme. Una vez en el refugio Altavista (3250) (2,45), rellenamos las cantimploras con agua del aljibe, reemprendiendo la marcha por un camino empedrado que remonta los campos de lava.

Tras dejar de lado el acceso a la Cueva del Hielo, empieza a asomar el Teide y dis-

tinguimos en su cima un rebaño de turistas. En breve alcanzamos el Mirador de la Fortaleza (3550) (3,30), situado sobre el antiguo cráter de la Rambleta. El camino de ahora un rodeo hacia el Sur para enlazar con el itinerario del teleférico, pero como no nos apetecía llegar a la cumbre en procesión, habiendo realizado la ascensión completamente en solitario, nos dirigimos a una zona rocosa que, medio trepando, nos permitió acceder a la cúspide del Teide (3718) (4,15). En realidad, este cono terminal superpuesto sobre materiales de anteriores erupciones, se llama El Pilón.

El espectáculo es soberbio. En el mar navegan cuatro islas: Gomera, Hierro, La Palma y Gran Canaria. En el Sur de Tenerife se perfila la franja del litoral, mientras en el Norte las nubes cubren el Valle de la Orotava. El cinturón verde del pinar circunda la base de la montaña y se extiende por el cordal NE. Más arriba destaca el desierto mineral de Las Cañadas. Aquí mismo, el cráter, de unos 80 metros de diámetro, emite sulfataras para recordar que está vivo.

A nuestro alrededor el comportamiento de los turistas adquiere ribetes circenses, mientras un guarda ejerce la función de pastor para velar por la integridad... del volcán. Los responsables de esta situación no son las gentes que suben ilusionadas en sandalias o con un niño en brazos, deteniéndose a cada paso, sino quines promovieron y autorizaron la construcción del teleférico. Son los mismos que acarician el proyecto de edificar además un hotel.

Bajamos a la estación superior del teleférico (3550) para coger el camino que rodea la cumbre por el Oeste hasta desembocar en el Mirador del Pico Viejo (3450). Pero no nos conformamos con contemplar desde allí ese enorme cráter, diez veces mayor que el del Teide; iríamos a su encuentro. Aunque hay un itinerario marcado con



Fotos del autor

En el solitario camino del masificado Teide.

El imponente torreón del Roque Nublo.



hitos, resulta penoso avanzar por la lava petrificada. Al perder altura observamos un curioso espejismo: la isla de la Gomera parecía flotar sobre el inmenso cráter. Una vez en el collado (3050) basta remontar una corta pendiente arenosa y superar una breve cresta para alcanzar el punto más elevado de la muralla que rodea el profundo cráter de Montaña Chahorra o Pico Viejo (3134) (6,00).

De vuelta al collado nos deslizamos hacia el Sur, percibiendo el aroma de la retama blanca, mientras atravesamos un fastuoso escenario de rocas esculturales. Mas pronto la retama empieza a ser tan abundante que llega a obstaculizar el paso; luego apareció el malpaís. El avance sobre el caos de piedras resulta tan lento, que nuestra meta, el Llano de Ucanca, en lugar de acercarse parece que se aleja. Unos hitos inesperados nos incitan a variar el rumbo: definitivamente nos dirigimos a los roques, cruzando lenguas de lava. Al salir del laberinto los Roques Blancos adquieren tonos crepusculares; al llegar al parador se está poniendo el sol (2100) (9,00) (12 horas incluyendo paradas). La travesía ha concluido, aunque alguien debe recorrer todavía 8 km. de carretera oscura y solitaria para recoger el coche.

Otros parajes singulares del archipiélago canario

Sólo un cataclismo podía crear monumentos tan grandiosos como el denominado "Tunel de la Atlántida" (Lanzarote). En el malpaís del volcán de la Corona hay un cono volcánico de unos 6 km. de longitud que se prolonga en las profundidades del mar. La Cueva de los Verdes y los Jameos del Agua forman parte de ese imponente y misterioso tubo que tiene todavía tramos desconocidos.

A veces esas colosales obras de la naturaleza toman forma de abismos sin fondo, como los acantilados del Macizo de Teno y el Barranco del Infierno (Tenerife). En otras ocasiones adoptan la arquitectónica figura de los roques, cuyas pétreas murallas parecen inexpugnables. El ejemplo más representativo es el impresionante Roque Nublo (Gran Canaria).

El vulcanismo es un fenómeno de enorme espectacularidad: creó las islas, ha modelado su paisaje y sigue dando muestras de su incontrolable poder. La erupción más reciente tuvo lugar en 1971, cuando las aguas que bañan la punta meridional de La Palma comenzaron a hervir y surgió el

volcán de Teneguía. Al cabo de veinte años aquellas tierras conservan el aspecto del día después, y puede que esa cadena de volcanes siga adentrándose en el océano.

La facultad de moverse y adquirir formas caprichosas es el principal atributo de los jables: extensos campos de dunas que, como en Corralejo (Fuerteventura) o Maspalomas (Gran Canaria), cubren las orillas del mar, anunciando sus arenas la proximidad del Sahara.

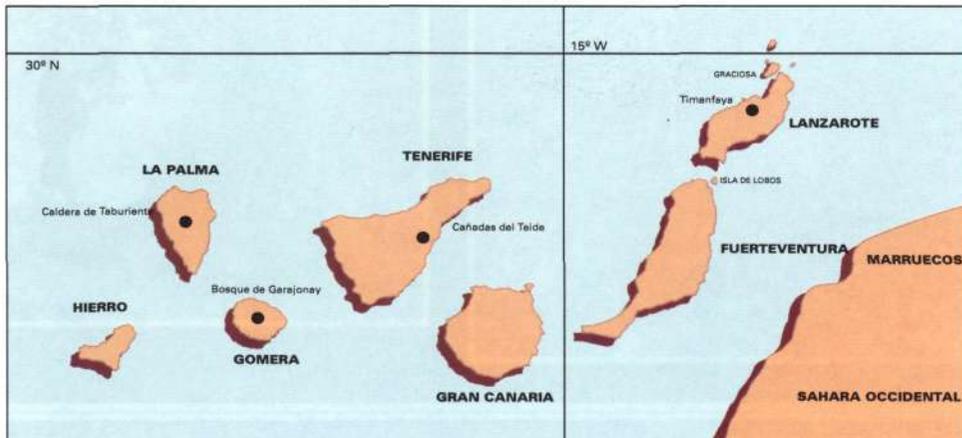
Las fuerzas naturales no sólo se manifiestan en el mundo mineral; también la vida vegetal puede alcanzar límites inimaginables. Hemos hablado de la exuberante laurisilva; hay que citar además, como ejemplo de extrema capacidad de supervivencia, los milenarios sabinars de El Hierro, que figuran entre los árboles más longevos del planeta.

Los techos de las Islas Canarias

La única excepción está en Fuerteventura. Salvo el Pico de Jandía (807), vigía de la paradisíaca península que le da nombre, los vértices de las demás islas han sido degradados por la ocupación científica o militar y la explotación turística o forestal.

En Tenerife, con el teleférico se llega en ocho minutos (tras varias horas de espera) a 160 metros de la cúspide del Teide (3718). En La Palma, dos carreteras llevan al Roque de los Muchachos (2426). En Gran Canaria, la carretera concluye a escasos metros de las rocas cimeras del Pico o Pozo de las Nieves (1949), impidiendo coronarlas la valla de unas instalaciones militares. En El Hierro, el Malpaso (1500) tiene también carretera; además el ejército proyecta instalar allí una estación de radar. En Gomera, el Alto de Garajonay (1487) se puede alcanzar por dos pistas forestales. En Lanzarote, las Peñas del Chache (671) son asimismo patrimonio militar. ■

ISLAS CANARIAS



Julio de 1992